

no pueden formarse tales ideas ni adquirir la perfectibilidad que de ellas depende. Cuando un mono va sin vacilar de una nuez á otra, ¿puede pensarse que tenga la idea general de esta clase de fruta y que establecer pueda el arquetipo de las dos? No, sin duda, pero la vista de una de las dos nueces, trae á su memoria las sensaciones que ha recibido de la otra y sus ojos, transformados hasta cierto punto, anuncian á su paladar la diferencia que va á experimentar al saborear el nuevo fruto. Toda idea general es puramente intelectual, y por poco que la imaginación intervenga, conviértese bien breve en particular.

Ensayad trazaros la imagen de un árbol en general, y jamás lo alcanzaréis, pues á pesar vuestro lo veréis pequeño ó grande, escaso de hojas ó frondoso, claro ú obscuro, y si dependiese de vosotros ver solamente en él lo que tiene todo árbol, tal imagen no sería la verdadera encarnación de él. Igual cosa sucede con los seres puramente abstractos, que sólo se conciben por medio del discernimiento. La definición del triángulo os dará de ello una exacta idea: tan pronto como concibáis uno en vuestro cerebro, será aquel y no otro, sin que podáis evitar formároslo ya con las líneas sensibles, ya con el plano brillante. Es preciso, pues, enunciar proporciones, es necesario hablar para tener ideas generales, toda vez que tan pronto como la imaginación se detiene, el espíritu se inmoviliza. Si los primeros inventores no han podido por lo tanto dar nombre más que á las ideas ya concebidas, dedúcese que los primeros sustantivos no fueron jamás sino nombres propios.

Mas cuando, por medios que no logro concebir, nuestros nuevos gramáticos comenzaron á extender sus ideas y á generalizar sus palabras, la ignorancia de los inventores debió sujetar este método á límites muy estrechos,

y como habían multiplicado demasiado los nombres de los individuos por falta de conocimientos acerca de los géneros y de las especies, hicieron después pocas de éstas y de aquéllos á causa de no haber considerado los seres en todas sus diferencias. Para haber hecho las divisiones debidamente, habríales sido preciso experiencia y luces que no podían tener, más investigaciones y un trabajo que no querían darse. Si hoy mismo se descubren diariamente nuevas especies que hasta el presente habíanse escapado á nuestras observaciones, calcúlese ¡ cuántas han debido sustraerse á la penetración de hombres que sólo juzgaban de las cosas por su primer aspecto! En cuanto á las clases primitivas y á las nociones generales, es superfluo añadir que han debido también pasárseles inadvertidas. ¿Cómo habrían podido, por ejemplo, imaginar ó comprender las palabras materia, espíritu, substancia, moda, figura, movimiento, si nuestros filósofos que se sirven de ellas hace tanto tiempo apenas si alcanzan á comprenderlas ellos mismos, y si las ideas que se les agrega, siendo puramente metafísicas, no podían encontrarles ningún modelo en la naturaleza?

Me detengo en estas primeras consideraciones y suplico á mis jueces que suspendan su lectura, para considerar, respecto á la invención tan sólo de los sustantivos físicos, es decir de la parte de la lengua más fácil de encontrar, el camino que aún queda por recorrer para explicar todos los pensamientos de los hombres, para adquirir una forma constante, para poder ser hablada en público é influir en la sociedad: suplícoles que reflexionen acerca del tiempo y de los conocimientos que han sido necesarios para encontrar los números (*n*), las palabras abstractas, los aoristos y todos los tiempos de los verbos, las partículas, la sintaxis, ligar las preposiciones, los razo-

namientos y formar toda la lógica del discurso. En cuanto á mí, espantado ante las dificultades que se multiplican, y convencido de la imposibilidad casi demostrada de que las lenguas hayan podido nacer y establecerse por medios puramente humanos, dejo á quien quiera emprenderla, la discusión de tan difícil problema, el cual ha sido el más necesario de la sociedad ya ligada á la institución de las lenguas ó de las lenguas inventadas al establecimiento de la sociedad.

Cualesquiera que hayan sido los orígenes, vése, por lo menos, el poco cuidado que se ha tomado la naturaleza para unir á los hombres por medio de las necesidades mutuas ni para facilitarles el uso de la palabra; cuán poco ha preparado su sociabilidad y cuán poco ha puesto de su parte en todo lo que ellos han hecho para establecer estos lazos. En efecto, es imposible imaginarse por qué un hombre, en el estado primitivo, pudiera tener más necesidad de otro hombre que un mono ó un lobo de su semejante, ni aun aceptada esta necesidad, qué motivo podría obligar al otro á satisfacerla, ni tampoco en este último caso, cómo podrían convenir en las condiciones.

Sé que se nos repite sin cesar que no hubo nada tan miserable como el hombre en ese estado; pero sí es cierto, como creo haberlo probado, que no pudo, sino después de muchos siglos, haber tenido el deseo y la ocasión de salir de él, debe hacerse responsable á la naturaleza y no á quien así había constituido. Pero, si comprendo bien este término de *Miserable*, él no es otra cosa que una palabra sin sentido ó que no significa más que una dolorosa privación y el sufrimiento del cuerpo y del alma. Ahora bien, yo quisiera que se me explicara cuál puede ser el género de miseria de un ser libre cuyo corazón disfruta de paz y tranquilidad y cuyo cuerpo goza de salud. Yo

preguntaría cuál de las dos, la vida civilizada ó la natural, está más sujeta á hacerse insoportable á los que gozan de ella. No vemos casi á nuestro alrededor más que gentes que se lamentan de su existencia, y aun muchas que se privan de ella tanto cuanto de ellas depende, siendo apenas suficiente la reunión de las leyes divinas y humanas para contrarrestar este desorden. Pregunto si jamás se ha oído decir que un salvaje en libertad haya pensado siquiera en quejarse de la vida y en darse la muerte. Júzguese, pues, con menos orgullo, de qué lado está la verdadera miseria. Nada, por el contrario, hubiese sido tan miserable como el hombre salvaje deslumbrado por las luces de la inteligencia, atormentado por las pasiones y razonando sobre un estado diferente del suyo. Por esto, debido á una muy sabia providencia, las facultades de que estaba dotado debían desarrollarse únicamente al ponerlas en ejercicio, á fin de que no le fuesen ni superfluas ni onerosas antes de tiempo. Tenía con el solo instinto, todo lo que le bastaba para vivir en el estado natural, como tiene con una razón cultivada lo suficiente para vivir en sociedad.

Es de suponerse que los hombres en ese estado, no teniendo entre ellos ninguna especie de relación moral ni de deberes conocidos, no podían ser ni buenos ni malos, ni tener vicios ni virtudes, á menos que, tomando estas palabras en un sentido material, se llame vicio en un individuo á las cualidades que puedan ser perjudiciales á su propia conservación y virtudes á las que puedan contribuir á ella, en cuyo caso el más virtuoso sería aquel que resistiese menos los simples impulsos de la naturaleza. Mas, sin alejarnos de su verdadero sentido, es conveniente suspender el juicio que podríamos hacer sobre tal situación y desconfiar de nuestros prejuicios hasta tanto que,

balanza en mano, háyase examinado si hay más virtudes que vicios entre los hombres civilizados, ó si sus virtudes son más ventajosas que funestos son sus vicios; si el progreso de sus conocimientos constituye una indemnización suficiente á los males que mutuamente se hacen á medida que se instruyen en el bien que deberían hacerse, ó si no se encontrarían, en todo caso, en una situación más dichosa no teniendo ni mal que temer ni bien que esperar de nadie, que estando sometidos á una dependencia universal y obligados á recibirlo todo de los que no se comprometen á dar nada.

No concluyamos sobre todo con Hobbes, que dice, que por no tener ninguna idea de la bondad, es el hombre naturalmente malo; que es vicioso porque desconoce la virtud; que rehusa siempre á sus semejantes los servicios que no se cree en el deber de prestarles, ni que en virtud del derecho que se atribuye con razón sobre las cosas de que tiene necesidad, imagínase locamente ser el único propietario de todo el universo. Hobbes ha visto perfectamente el defecto de todas las definiciones modernas del derecho natural, pero las consecuencias que saca de la suya demuestran que no es ésta menos falsa. De acuerdo con los principios por él establecidos, este autor ha debido decir que, siendo el estado natural el en que el cuidado de nuestra conservación es menos perjudicial á la de otros, era por consiguiente el más propio para la paz y el más conveniente al género humano. Pero él dice precisamente lo contrario á causa de haber comprendido, intempestivamente, en el cuidado de la conservación del hombre salvaje, la necesidad de satisfacer una multitud de pasiones que son obra de la sociedad y que han hecho necesarias las leyes. El hombre malo, dice, es un niño robusto. Falta saber si el salvaje lo es también.

Y aun cuando así se admitiese, ¿qué conclusión se sacaría? Que si cuando es robusto es tan dependiente de los otros como cuando es débil, no habría excesos á los cuales no se entregase; pegaría á su madre cuando tardara demasiado en darle de mamar; estrangularía á algunos de sus hermanos menores cuando lo incomodasen; mordería la pierna á otro al ser contrariado. Pero ser robusto y á la vez depender de otro, son dos suposiciones contradictorias. El hombre es débil cuando depende de otro y se emancipa antes de convertirse en un ser fuerte. Hobbes no ha visto que la misma causa que impide á los salvajes usar de su razón, como lo pretenden nuestros jurisconsultos, les impide asimismo abusar de sus facultades, según lo pretende él mismo; de suerte que podría decirse que los salvajes no son malos precisamente porque no saben lo que es ser buenos, pues no es ni el desarrollo de sus facultades ni el freno de la ley, sino la calma de las pasiones y la ignorancia del vicio lo que les impide hacer mal. *Tanto plus in illis proficit vitiorum ignorantia quam in his cognitio virtutis*¹.

Hay, además, otro principio del cual Hobbes no se ha percatado, y que habiendo sido dado al hombre para dulcificar en determinadas circunstancias la ferocidad de su amor propio ó el deseo de conservación antes del nacimiento de éste (o), modera ó disminuye el ardor que siente por su bienestar á causa de la repugnancia innata que experimenta ante el sufrimiento de sus semejantes. No creo caer en ninguna contradicción al conceder al hombre la única virtud natural que ha estado obligado á reconocerle, hasta el más exagerado detractor de las virtudes humanas. Hablo de la piedad, disposición propia

1. Justin, *Hist.* libro II, cap. II. (Ed.)

á seres tan débiles y sujetos á tantos males como lo somos nosotros, virtud tanto más universal y útil al hombre, cuanto que precede á toda reflexión, y tan natural, que aun las mismas bestias dan á veces muestras sensibles de ella. Haciendo caso omiso de la ternura de las madres por sus hijos y de los peligros que corren para librarlos del mal, obsérvase diariamente la repugnancia que sienten los caballos al pisar ó atropellar un cuerpo vivo. Ningún animal pasa cerca de otro animal muerto, de su especie, sin experimentar cierta inquietud: hay algunos que hasta le dan una especie de sepultura, y los tristes mugidos del ganado al entrar á un matadero, anuncian la impresión que le causa el horrible espectáculo que presencia. Vese con placer al autor de la fábula de las Abejas¹, obligado á reconocer en el hombre un ser compasivo y sensible, salir, en el ejemplo que ofrece, de su estilo frío y sutil para pintarnos la patética imagen de un hombre encerrado que contempla á lo lejos una bestia feroz arrancando un niño del seno de su madre, triturando con sus sanguinarios dientes sus débiles miembros y destrozando con las uñas sus entrañas palpitantes. ¡Qué horrorosa agitación no experimentará el testigo de este acontecimiento al cual, sin embargo, no lo une ningún interés personal! ¡Qué angustia no sufrirá al ver que no puede prestar ningún auxilio á la madre desmayada ni al hijo expirante!

Tal es el puro movimiento de la naturaleza, anterior á toda reflexión, tal es la fuerza de la piedad natural, que las más depravadas costumbres son impotentes, á destruir, pues que se ve á diario en nuestros espectáculos enter necerse y llorar ante las desgracias de un infortunado

1. Maudeville, médico holandés establecido en Inglaterra y muerto en 1733. (Ed.)

que, si se encontrase en lugar del tirano, agravaría aún los tormentos de su enemigo; semejante al sanguinario Scylla, tan sensible á los males que él no había causado, ó á Alejandro de Piro, que no osaba asistir á la representación de ninguna tragedia, por temor de que le vieran gemir con Andrómaca y Priamo, mientras que oía sin emoción los gritos de tantos ciudadanos degollados todos los días por orden suya.

*Mollissima corda
Humano generi dare se natura fatetur,
Quæ lacrimas dedit.*

Juv., Sat. XV, v. 131.

Maudeville ha comprendido bien que con toda su moral los hombres no habrían sido siempre más que monstruos, si la naturaleza no les hubiera dado la piedad en apoyo de la razón; pero no ha visto que de esta sola cualidad derivanse todas las virtudes sociales que quiere disputar á los hombres. En efecto, ¿qué es la generosidad, la clemencia, la humanidad, sino la piedad aplicada á los débiles, á los culpables, ó á la especie humana en general? La benevolencia y la amistad misma son, bien entendidas, producciones de una piedad constante, fijada sobre un objeto particular, por que desear que nadie sufra, ¿qué otra cosa es sino desear que sea dichoso? Aun cuando la conmiseración no fuese más que un sentimiento que nos coloca en lugar del que sufre, sentimiento obscuro, y vivo en el hombre salvaje, desarrollado pero débil en el hombre civilizado, ¿qué importaría esta idea ante la verdad de lo que digo, sin darle mayor fuerza? Efectivamente, la conmiseración será tanto más enérgica cuanto más íntimamente el animal espectador se identifique con el animal que sufre. Ahora, es evidente que esta identificación ha debido ser infinitamente más íntima

en el estado natural que en el estado de raciocinio. La razón engendra el amor propio y la reflexión la fortifica; es ella la que reconcentra al hombre en sí mismo; es ella la que lo aleja de todo lo que le molesta y aflige. La filosofía lo aísla, impulsándolo á decir en secreto, ante el aspecto de un hombre enfermo: «Perece, si quieres, que yo estoy en seguridad.» Unicamente los peligros de la sociedad entera turban el tranquilo sueño del filósofo y hácenle abandonar su lecho. Impunemente puede degollarse á un semejante bajo su ventana, le bastará con taparse los oídos y argumentarse un poco para impedir que la naturaleza se rebele y se identifique con el ser que asesinan¹. El hombre salvaje no posee este admirable talento, y falta de sabiduría y de razón, se le ve siempre entregarse atolondradamente al primer sentimiento de humanidad. En los tumultos, en las querellas en las calles, el populacho se aglomera, el hombre prudente se aleja. La canalla, las mujeres del pueblo, son las que separan á los combatientes é impiden que se maten las gentes honradas¹.

Es, pues, perfectamente cierto que la piedad es un sentimiento natural que, moderando en cada individuo el exceso de amor propio, contribuye á la conservación mutua de toda la especie. Es ella la que nos lleva sin reflexión á socorrer á los que vemos sufrir; ella la que, en el estado natural, substituye las leyes, las costumbres y la virtud, con la ventaja de que nadie intenta desobedecer su dulce voz; es ella la que impedirá á todo salvaje robusto quitar al débil niño ó al anciano enfermo, su subsistencia adquirida penosamente, si tiene la esperanza de encontrar la suya en otra parte; ella la que, en

1. En el libro VIII de sus *Confesiones*, dice Rousseau que el retrato del filósofo que se argumenta tapándose los oídos, es Diderot. (Ed.)

vez de esta sublime máxima de justicia razonada: *Haz á otro lo mismo que quieras que te hagan á ti*, inspira á todos los hombres esta otra de bondad natural, menos perfecta, pero más útil tal vez que la precedente: Haz tú bien con el menor mal posible á los otros. Es, en una palabra, en este sentimiento natural, más que en argumentos sutiles, donde debe buscarse la causa de la repugnancia que todo hombre experimenta al hacer mal, aun independientemente de las máximas de la educación. Aun cuando sea posible á Sócrates y á los espíritus de su temple adquirir la virtud por medio de la razón, ha mucho tiempo que el género humano hubiera dejado de existir si su conservación sólo hubiese dependido de los razonamientos de los que lo componen.

Con las pasiones tan poco activas y un freno tan saludable, los hombres, más bien feroces que malos, y más atentos á preservarse del mal que pudiese sobrevenirles que tentados de hacerlo á los demás, no estaban sujetos á desavenencias muy peligrosas. Como no tenían ninguna especie de comercio entre ellos y no conocían por consecuencia ni la vanidad, ni la consideración, ni la estimación, ni el desprecio; como no tenían la menor noción de lo tuyo y de lo mío, ni verdadera idea de la justicia; como consideraban las violencias de que podían ser objeto como un mal fácil de reparar y no como una injuria que es preciso castigar, y como no pensaban siquiera en la venganza, á no ser tal vez maquinalmente y sobre la marcha, al igual del perro que muerde la piedra que le arrojan, sus disputas rara vez hubieran tenido resultados sangrientos si sólo hubiesen tenido como causa sensible la cuestión del alimento. Pero veo una más peligrosa de la cual faltame hablar.

Entre las pasiones que agitan el corazón del hombre

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

*pdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

hay una ardiente, impetuosa, que hace un sexo necesario al otro; pasión terrible que afronta todos los peligros, vence todos los obstáculos y que, en sus furoros, parece destinado á destruir el género humano en vez de conservarlos. ¿Qué serían los hombres víctimas de esta rabia desenfrenada y brutal, sin pudor, sin moderación y disputándose diariamente sus amores á costa de su sangre?

Es preciso convenir ante todo en que, cuanto más violentas son las pasiones más necesarias son las leyes para contenerlas. Pero además de los desórdenes y crímenes que estas pasiones causan diariamente, demuestran suficientemente la insuficiencia de ellas al respeto, por lo cual sería conveniente examinar si tales desórdenes no han nacido con ellas, porque entonces, aun cuando fuesen eficaces para reprimirlos, lo menos que podría exigírseles sería que impidiesen un mal que no existiría sin ellas.

Principiemos por distinguir lo moral de lo físico en el sentimiento del amor. Lo físico es ese deseo general que impulsa un sexo á unirse á otro. Lo moral determina este deseo, fijándolo en un objeto exclusivo, ó al menos, haciendo sentir por tal objeto preferido un mayor grado de energía. Ahora, es fácil ver que lo moral en el amor es un sentimiento ficticio, nacido de la vida social y celebrado por las mujeres con mucha habilidad y esmero para establecer su imperio y dominar los hombres. Estando este sentimiento fundado sobre ciertas nociones de mérito ó de belleza que un salvaje no está en estado de concebir, y sobre ciertas comparaciones que no puede establecer, debe ser casi nulo para él, pues como su espíritu no ha podido formarse ideas abstractas de regularidad y de proporción, su corazón no es más susceptible á los sentimientos de admiración y de amor que, aun sin percibirse, nacen de la aplicación de estas ideas; déjase guiar

únicamente por el temperamento que ha recibido de la naturaleza y no por el gusto que no ha podido adquirir y toda mujer satisface sus deseos.

Limitados al solo amor material, y bastante dichosos para ignorar esas preferencias que irritan el sentimiento aumentando las dificultades, los hombres deben sentir con menos frecuencia y menos vivacidad los ardores del temperamento, y por consecuencia, ser entre ellos las disputas más raras y menos crueles. La imaginación, que tantos estragos hace entre nosotros, no afecta en nada á los corazones salvajes; cada cual espera apaciblemente el impulso de la naturaleza, se entrega á él sin escoger, con más placer que furor, y una vez la necesidad satisfecha, todo deseo se extingue.

Es, pues, un hecho indiscutible que el mismo amor como todas las otras pasiones, no ha adquirido en la sociedad ese ardor impetuoso que lo hace tan á menudo funesto á los hombres, siendo tanto más ridículo representar á los salvajes como si se estuviesen matando sin cesar para saciar su brutalidad, cuanto que esta opinión es absolutamente contraria á la experiencia, pues los Caribes, que es hasta ahora, de los pueblos existentes, el que menos se ha alejado del estado natural, son precisamente los más sosegados en sus amores y los menos sujetos á los celos, á pesar de que viven bajo un clima ardiente que parece prestar constantemente á sus pasiones una mayor actividad.

Respecto á las inducciones que podrían hacerse de los combates entre los machos de diversas especies animales, que ensangrientan en todo tiempo nuestros corrales ó que hacen retumbar en la primavera nuestras selvas con sus gritos disputándose las hembras, preciso es comenzar por excluir todas las especies en las cuales la naturaleza

ha manifiestamente establecido en la relativa potencia de los sexos, otras relaciones distintas á las nuestras. Así las riñas de los gallos no constituyen una inducción para la especie humana. En las especies donde la proporción es mejor observada, tales combates no pueden tener por causa sino la escasez de las hembras en comparación al número de machos ó los exclusivos intervalos durante los cuales la hembra rechaza constantemente la aproximación del macho, lo cual equivale á lo mismo, pues si cada hembra no acepta el macho más que durante dos meses del año, es, desde este punto de vista, como si el número de hembras estuviese reducido á menos de cinco sextas partes. Ahora, ninguno de estos dos casos es aplicable á la especie humana, en donde el número de mujeres excede generalmente al de los hombres y en donde jamás se ha observado, ni aun entre los salvajes, que las mujeres tengan, como las hembras de otras especies, épocas de celo y períodos de exclusión. Además, entre muchos de estos animales, entrando toda la especie á la vez en estado de efervescencia, viene un momento terrible de ardor común, de tumulto, de desorden y de combate, momento que no existe para la especie humana, en la cual el amor no es jamás periódico. No puede, por lo tanto, deducirse de los combates de ciertos animales por la posesión de las hembras, que la misma cosa ocurriera al hombre en el estado natural, y aun cuando pudiese sacarse esta conclusión, como estas disensiones no destruyen las demás especies, debe creerse al menos que no serían tampoco más funestas á la nuestra, siendo hasta muy factible que causasen menos estragos en ella que los que ocasionan en la vida social, sobre todo en los países donde, respetándose en algo las costumbres, los celos de los amantes y la venganza de los maridos originan á diario duelos, ase-

sinatos y aun cosas peores; en donde el deber de una eterna fidelidad, sólo sirve para cometer adulterios, y en donde las leyes mismas de la continencia y del honor aumentan necesariamente el libertinaje y multiplican los abortos.

Digamos, pues, para concluir que, errantes en las selvas, sin industria, sin palabra, sin domicilio, sin guerras y sin alianzas, sin ninguna necesidad de sus semejantes como sin ningún deseo de hacerles mal y aun hasta sin conocer tal vez á ninguno individualmente, el hombre salvaje, sujeto á pocas pasiones y bastándose á sí mismo, no tenía más que los sentimientos y las luces propias á su estado; no sentía más que sus verdaderas necesidades, no observaba más que lo que creía de interés ver y su inteligencia no hacía mayores progresos que su vanidad. Si por casualidad hacia algún descubrimiento, podía con tanta menos facilidad comunicarlo cuanto que desconocía hasta sus propios hijos. El arte perecía con el inventor. No había ni educación ni progreso; las generaciones se multiplicaban inútilmente partiendo todas del mismo punto, los siglos transcurrían en toda la rudeza de las primeras edades, la especie había ya envejecido y el hombre permanecía siendo un niño.

Si me he extendido tanto acerca de la supuesta condición primitiva, ha sido porque habiendo antiguos errores y prejuicios inventados que destruir, he creído deber profundizar hasta la raíz y demostrar, en el verdadero cuadro de la naturaleza, cuán distante está la desigualdad, aun la natural, de tener la realidad é influencia que pretenden nuestros escritores.

En efecto, fácil es ver que entre las diferencias que distinguen á los hombres, muchas que pasan por naturales son únicamente obra del hábito y de los diversos géneros

de vida que adoptan en la sociedad. Así, un temperamento robusto ó delicado, ó bien la fuerza ó la debilidad que de ellos emane, provienen á menudo, más de la manera ruda ó afeminada como se ha sido educado, que de la constitución primitiva del cuerpo. Sucede lo mismo con las fuerzas del espíritu. La educación no solamente establece la diferencia entre las inteligencias cultivadas y las que no lo están, sino que la aumenta entre las primeras en proporción de la cultura; pues si un gigante y un enano caminan en la misma dirección, cada paso que dé aquél será una nueva ventaja que adquirirá sobre éste. Ahora, si se compara la prodigiosa diversidad de educación y de géneros de vida que reinan en las diferentes clases de la sociedad con la simplicidad y uniformidad de la vida animal y salvaje, en la cual todos se nutren con los mismos alimentos, viven de la misma manera y ejecutan exactamente las mismas operaciones, se comprenderá cuán menor debe ser la diferencia de hombre á hombre en el estado natural en la especie humana á causa de la desigualdad de instituciones.

Pero aun cuando la naturaleza afectase en la distribución de sus dones tantas preferencias como se pretende, ¿qué ventajas sacarían de ellas los más favorecidos en perjuicio de los otros, en un estado de cosas que no admitiría casi ninguna clase de relación entre ellos? Donde no exista el amor, ¿de qué servirá la belleza? Y de ¿qué la inteligencia á gentes que no hablan, ni la astucia á los que no tienen negocios? Oigo repetir siempre que los más fuertes oprimirán á los más débiles; mas quisiera que se me explicara lo que quieren decir ó lo que entienden por opresión. Unos dominarán con violencia, los otros gemirán sujetos á todos sus caprichos. He allí precisamente lo que yo observo entre nosotros, mas

no comprendo cómo pueda decirse otro tanto del hombre salvaje, á quien sería penoso hacerle entender lo que es esclavitud y dominación. Un hombre podrá perfectamente apoderarse de las frutas que otro haya cogido, de la caza y del antro que le servía de refugio, pero ¿cómo llegará jamás al extremo de hacerse obedecer? Y ¿cuáles podrían ser las cadenas de dependencia entre hombres que no poseen nada? Si se me arroja de un árbol, quedo en libertad de irme á otro; si se me atormenta en un sitio, ¿quién me impedirá de trasladarme á otro? ¿Encuétrase un hombre de una fuerza muy superior á la mía y bastante más depravado, más perezoso y más feroz para obligarme á proporcionarle su subsistencia mientras él permanece ocioso? Es preciso que se resuelva á no perderme de vista un solo instante, á tenerme amarrado cuidadosamente y muy bien mientras duerma, por temor de que me escape ó que lo mate; es decir, estará obligado á exponerse á un trabajo mucho más grande que el que trata de evitarse y que el mismo que me impone. Después de todo eso, descuida un momento su vigilancia; un ruido imprevisto le hace volver la cabeza, yo doy veinte pasos en la selva, mis ligaduras están rotas y no vuelve á verme durante toda su vida.

Sin prolongar inútilmente estos detalles, cada cual puede ver que, no estando formados los lazos de la esclavitud más que por la dependencia mutua de los hombres y las necesidades recíprocas que los unen, es imposible avasallar á nadie sin haberlo antes colocado en situación de no poder prescindir de los demás; situación que, no existiendo en el estado natural, deja á todos libres del yugo y hace quimérica la ley del más fuerte.

Después de haber probado que la desigualdad es apenas sensible en el estado natural y que su influencia es casi

nula, réstame demostrar su origen y sus progresos en los sucesivos desarrollos del espíritu humano. Demostrado que la perfectibilidad, las virtudes sociales y las demás facultades que el hombre salvaje recibiera no podían jamás desarrollarse por sí mismas, sino que han tenido necesidad para ello del concurso fortuito de varias causas extrañas, que podían no haber surgido jamás, y sin las cuales habría vivido eternamente en su condición primitiva, fáltame considerar y unir las diferentes circunstancias que han podido perfeccionar la razón humana deteriorando la especie, que han convertido el ser en malo al hacerlo sociable, y desde tiempos tan remotos, trae al fin el hombre y el mundo á la condición actual en que los vemos.

Como los acontecimientos que tengo que describir, han podido sucederse de diversas maneras, confieso que no puedo decidirme á hacer su elección más que por simples conjeturas; pero además de que éstas son las más razonables y probables que pueden deducirse de la naturaleza de las cosas y los únicos medios de que podemos disponer para descubrir la verdad, las consecuencias que sacaré no serán por eso conjeturables, puesto que respecto á los principios que acabo de establecer, no podría formularse ningún otro sistema que no dé los mismos resultados y del cual no se pueda obtener iguales conclusiones.

Esto me eximirá de extender mis reflexiones acerca de la manera cómo el lapso de tiempo compensa lo poco de verosimilitud de los acontecimientos sobre el poder sorprendente de causas muy ligeras cuando éstas obran sin interrupción; de la imposibilidad en que estamos, de una parte, de destruir ciertas hipótesis, si de la otra nos encontramos sin los medios de darles el grado de estabilidad

de los hechos; de que dos acontecimientos, aceptados como reales, ligados por una serie de hechos intermediarios, desconocidos ó considerados como tales, es á la historia, cuando existe, á quien corresponde establecerlos, y en defecto de esta, á la filosofía determinar las causas semejantes que pueden ligarlos; en fin, de que en materia de acontecimientos, la similitud los reduce á un número mucho más pequeño de clases diferentes de lo que puede imaginarse. Bástame ofrecer tales propósitos á la consideración de mis jueces, y haber obrado de suerte que el vulgo no tenga necesidad de examinarlos.

PARTE SEGUNDA

El primero que, habiendo cercado un terreno, descubrió la manera de decir: *Esto me pertenece*, y halló gentes bastante sencillas para creerle, fué el verdadero fundador de la sociedad civil¹. ¡Qué de crímenes, de guerras, de asesinatos, de miserias y de horrores no hubiese ahorrado al género humano el que, arrancando las estacas ó llenando la zanja, hubiese gritado á sus semejantes: «Guardaos de escuchar á este impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos pertenecen á todos y que la tierra no es de nadie!»¹. Pero hay grandes motivos para suponer que las cosas habían ya llegado al punto de no poder continuar existiendo como hasta entonces, pues dependiendo la idea de propiedad de muchas otras ideas anteriores que únicamente han podido nacer sucesivamente, no ha podido engendrarse repentinamente en el espíritu humano. Han sido precisos largos progresos, conocer la

1. «Este perro es mío, decían esos pobres niños; aquel es mi puesto al sol. He aquí el origen y la imagen de la usurpación de toda la tierra.» (Pascal, *Pensamientos*. Primera parte, art. 9, pág. 53.)

industria, adquirir conocimientos, transmitirlos y aumentarlos de generación en generación, antes de llegar á este último término del estado natural. Tomemos, pues, de nuevo las cosas desde su más remoto origen y tratemos de reunir, para abarcarlos desde un solo punto de vista, la lenta sucesión de hechos y conocimientos en su orden más natural.

El primer sentimiento del hombre fué el de su existencia; su primer cuidado el de su conservación. Los productos de la tierra le proveían de todos los recursos necesarios, y su instinto lo llevó á servirse de ellos. El hambre, y otros apetitos, hicieronle experimentar alternativamente diversas maneras de vivir, entre las cuales hubo una que lo condujo á perpetuar su especie; mas esta ciega inclinación, desprovista de todo sentimiento digno, no constituía en él más que un acto puramente animal, pues satisfecha la necesidad, los dos sexos no se reconocían y el hijo mismo no era nada á la madre tan pronto como podía pasarse sin ella.

Tal fué la condición del hombre primitivo; la vida de un animal, limitada en un principio á las puras sensaciones y aprovechándose apenas de los dones que le ofrecía la naturaleza sin pensar siquiera en arrancarle otros. Pero pronto se presentaron dificultades que fué preciso aprender á vencerlas: la altura de los árboles que le impedía alcanzar sus frutos, la concurrencia de los animales que buscaba para alimentarse, la ferocidad de los que atentaban contra su propia vida, todo le obligó á dedicarse á los ejercicios del cuerpo, siéndole preciso hacerse ágil, ligero en la carrera y vigoroso en el combate. Las armas naturales, que son las ramas de los árboles y las piedras, pronto encontráronse al alcance de su mano y en breve aprendió á vencer los obstáculos de la naturaleza,

á combatir en caso de necesidad con los demás animales, á disputar su subsistencia á sus mismos semejantes ó á resarcirse de lo que le era preciso ceder al más fuerte.

A medida que el género humano se extendió, los trabajos y dificultades se multiplicaron con los hombres. La variedad de terrenos, de climas, de estaciones, obligóles á establecer diferencias en su manera de vivir. Los años estériles, los inviernos largos y rudos, los veranos ardientes que todo lo consumen, exigieron de ellos una nueva industria. En las orillas del mar y de los ríos inventaron el sedal y el anzuelo y se hicieron pescadores é ictiófagos. En las selvas construyéronse arcos y flechas y se convirtieron en cazadores y guerreros. En los países fríos cubriéronse con las pieles de los animales que habían matado. El trueno, un volcán ó cualquiera otra feliz casualidad les hizo conocer el fuego, nuevo recurso contra el rigor del invierno; aprendieron á conservar este elemento, después á reproducirlo y por último, á preparar con él las carnes que antes devoraban crudas.

Esta reiterada aplicación de elementos extraños y distintos los unos á los otros, debió engendrar naturalmente en el espíritu del hombre la percepción de ciertas relaciones. Las que expresamos hoy por medio de las palabras, grande, pequeño, fuerte, débil, veloz, lento, miedoso, atrevido y otras semejantes, comparadas en caso de necesidad y casi sin darnos cuenta de ello, produjeron al fin en él cierta especie de reflexión ó más bien una prudencia maquinaal que le indicaba las precauciones más necesarias que debía tomar para su seguridad.

Los nuevos conocimientos que adquirió en este desenvolvimiento, aumentaron; haciéndosela conocer su superioridad sobre los otros animales. Adiestróse en armarles

trampas ó lazos y á burlarse de ellos de mil maneras, aunque muchos le sobrepujasen en fuerza ó en agilidad, convirtiéndose con el tiempo en dueño de los que podían servirle y en azote de los que podían hacerle daño. Fué así como, al contemplarse superior á los demás seres, tuvo el primer movimiento de orgullo, y considerándose el primero por su especie, se preparó con anticipación á adquirir el mismo rango individualmente.

Aunque sus semejantes no fuesen para él lo que son para nosotros, y aun cuando apenas si tenía más comercio con ellos que con los otros animales, no fueron por eso olvidados en sus observaciones. Las conformidades que con el transcurso del tiempo pudo descubrir entre ellos y entre sus hembras, le hicieron juzgar de las que no había percibido, y viendo que se conducían todos como él lo habría hecho en análogas circunstancias, dedujo que su manera de pensar y de sentir era enteramente igual á la suya; importante verdad que, bien establecida en su espíritu, le hizo seguir, por un presentimiento tan seguro y más rápido que la dialéctica, las mejores reglas de conducta que, en provecho y seguridad propias, conviene observar para con ellos.

Sabiendo por experiencia que el deseo del bienestar es el único móvil de las acciones humanas, encontré en estado de distinguir las raras ocasiones en que por interés común debía contar con el apoyo de sus semejantes, y las más raras aún en que la concurrencia debía hacerle desconfiar de ellos. En el primer caso, uníase con ellos formando una especie de rebaño ó de asociación libre que no obligaba á nadie á ningún compromiso y que no duraba más que el tiempo que la necesidad pasajera había impuesto. En el segundo, cada cual trataba de adquirir sus ventajas, ya por la fuerza, si se creía con el

poder suficiente, ya por la destreza y sutilidad si se sentía débil.

He allí cómo los hombres pudieron insensiblemente adquirir alguna imperfecta idea de las obligaciones mutuas y de la ventaja de cumplirlas, aunque solamente hasta donde podía exigirlo el interés sensible y del momento, pues la previsión no existía para ellos; y lejos de preocuparse por un remoto porvenir, no soñaban siquiera en el mañana. Si se trataba de coger un ciervo, cada cual consideraba que debía guardar fielmente su puesto, pero si una liebre acertaba á pasar al alcance de algunos de ellos, no cabía la menor duda que la perseguía sin ningún escrúpulo, y que apresada, se cuidaba muy poco de que sus compañeros perdiesen la suya.

Fácil es comprender que un comercio semejante no exigía un lenguaje mucho más perfeccionado que el de las cornejas ó el de los monos que se agrupan más ó menos lo mismo. Gritos inarticulados, muchos gestos, y algunos ruidos imitativos, debieron constituir por largo tiempo la lengua universal, la que adicionada en cada comarca con algunos sonidos articulados y convencionales, de los cuales, como ya he expresado, no es muy fácil explicar la institución, ha dado origen á las lenguas particulares, rudas, imperfectas y semejantes casi á las que poseen todavía hoy algunas naciones salvajes.

Recorro con la velocidad de una flecha la multitud de siglos transcurridos, impulsado por el tiempo que se desliza, por la abundancia de cosas que tengo que decir y por el progreso casi insensible del hombre en sus orígenes, pues mientras con más lentitud sucedense los acontecimientos, con mayor prontitud se describen.

Estos primeros progresos pusieron al fin al hombre en capacidad de realizar otros más rápidos, pues á medida

que la inteligencia se cultiva y desarrolla, la industria se perfecciona. Pronto, cesando de dormir bajo el primer árbol que encontraba ó de retirarse á las cavernas, descubrió cierta especie de hachas de piedra duras y cortantes que le sirvieron para cortar la madera, cavar la tierra y hacer chozas de paja que en seguida cubría con arcilla. Constituyó esa la época de una primera evolución que dió por resultado el establecimiento y la distinción de las familias y que introdujo una como especie de propiedad que dió origen al instante á querellas y luchas entre ellos. Sin embargo, como los más fuertes han debido ser, según todas las apariencias, los primeros en construirse viviendas por sentirse capaces de defenderlas, es de creerse que los más débiles consideraron que el camino más corto y el más seguro era el de imitarlos antes que intentar desalojarlos. Y en cuanto á los que poseían ya cabañas, ninguno debió tratar de apropiarse la de su vecino, no tanto porque no le pertenecía cuanto porque le era inútil y porque no podía apoderarse de ella sin exponerse á una ardiente lucha con la familia que la ocupaba.

Las primeras manifestaciones del corazón fueron hijas de la nueva situación que reunía en morada común maridos y mujeres, padres é hijos. El hábito de vivir juntos engendró los más dulces sentimientos que hayan sido jamás conocidos entre los hombres: el amor conyugal y el amor paternal. Cada familia quedó convertida en una pequeña sociedad, tanto mejor establecida, cuanto que el afecto recíproco y la libertad eran los únicos lazos de unión. Fué entonces cuando se fijó ó se consolidó por primera vez la diferencia en la manera de vivir de los dos sexos, que hasta aquel momento no había existido. Las mujeres se hicieron más sedentarias y se acostumbra-

ron á guardar la cabaña y los hijos, mientras que el hombre se dedicaba á buscar la subsistencia común. Los dos sexos comenzaron así mediante una vida algo más dulce, á perder un poco de su ferocidad y de su vigor. Mas si cada uno, separadamente, hizose menos apto ó más débil para combatir las bestias feroces, en cambio le fué más fácil juntarse para resistirlas en común.

En este nuevo estado, con una vida inocente y solitaria, con necesidades muy limitadas y contando con los instrumentos que habían inventado para proveer á ellas, los hombres, disponiendo de gran tiempo desocupado, lo emplearon en procurarse muchas suertes de comodidades desconocidas á sus antecesores, siendo este el primer yugo que se impusieron sin darse cuenta de ello, y el principio ú origen de los males que prepararon á sus descendientes, porque además de que continuaron debilitándose el cuerpo y el espíritu, habiendo sus comodidades perdido casi por la costumbre el goce ó atractivo que antes tenían, y habiendo á la vez degenerado en verdaderas necesidades, su privación hizose mucho más cruel que dulce y agradable había sido su adquisición; constituyendo, en consecuencia, una desdicha perderlas sin ser felices poseyéndolas.

Puede entreverse algo mejor cómo en tales condiciones el uso de la palabra se estableció ó se perfeccionó insensiblemente en el seno de cada familia, y aun conjeturarse cómo diversas causas particulares pudieron extenderla y acelerar su progreso haciéndola más necesaria. Grandes inundaciones ó temblores de tierra debieron rodear de agua ó de precipicios, comarcas habitadas, y otras revoluciones del globo descender y convertir en islas porciones del continente. Concíbese que entre hombres así unidos y obligados á vivir juntos, debió formarse

un idioma común primero que entre aquellos que andaban errantes por las selvas de la tierra firme. Así, pues, es muy posible que después de sus primeros ensayos de navegación, hayan sido los insulares, los que introdujeran entre nosotros el uso de la palabra, siendo al menos muy verosímil que tanto la sociedad como las lenguas hayan nacido y perfeccionádose en las islas, antes de ser conocidas en el continente.

Todo comienza á cambiar de aspecto. Los hombres que hasta entonces andaban errantes en los bosques, habiendo fijado una residencia, se acercan unos á otros lentamente, se reunen en grupos diversos y forman al fin en cada comarca una nación particular, ligada por los lazos de las costumbres y del carácter, no por reglamentos ni leyes, sino por el mismo género de vida y de alimentación y por la influencia común del clima.

Una vecindad permanente no puede dejar de engendrar con el tiempo alguna relación entre diversas familias. Jóvenes de ambos sexos habitan cabañas vecinas; el contacto pasajero impuesto por la naturaleza, los lleva bien pronto á otro no menos dulce y más duradero originado por la mutua frecuentación. Acostúmbranse á observar diferentes objetos y á hacer comparaciones, adquiriendo insensiblemente ideas respecto al mérito y á la belleza que producen el sentimiento de la preferencia. A fuerza de verse, llegan á no poder prescindir de hacerlo. Un sentimiento tierno y dulce insinúase en el alma, el cual, á la menor oposición, conviértese en furor impetuoso. Con el amor despiértanse los celos, la discordia triunfa y la más dulce de las pasiones recibe sacrificios de sangre humana.

A medida que las ideas y los sentimientos se suceden, que el espíritu y el corazón se ejercitan, el género humano

continúa haciéndose más docil, las relaciones se extienden y los lazos se estrechan cada vez más. Establécese la costumbre de reunirse delante de las cabañas ó alrededor de un gran árbol y el canto y el baile, verdaderos hijos del amor y de la ociosidad, conviértense en la diversión, ó mejor dicho, en la ocupación de hombres y mujeres reunidos. Cada cual comienza á mirar á los demás y á querer á su vez ser mirado, consagrándose así un estímulo y una recompensa á la estimación pública. El que cantaba ó el que bailaba mejor, el más bello, el más fuerte, el más sagaz ó el más elocuente, fué el más considerado, siendo este el primer paso dado hacia la desigualdad y hacia el vicio al mismo tiempo, pues de esas preferencias nacieron la vanidad y el desprecio por una parte y la vergüenza y la envidia por otra, y la fermentación causada por estas nuevas levaduras, produjo, al fin, compuestos funestos á la felicidad y á la inocencia.

Tan pronto como los hombres comenzaron á apreciarse mutuamente, tomando forma en su espíritu la idea de la consideración, cada uno pretendió tener derecho á ella, sin que fuese posible faltar á nadie impunemente. De allí surgieron los primeros deberes impuestos por la civilización, aun entre los mismos salvajes y de allí toda falta voluntaria convirtióse en ultraje, pues con el mal que resultaba de la injuria, el ofendido veía el desprecio á su persona, á menudo más insoportable que el mismo mal. Fué así como, castigando cada uno el desprecio de que había sido objeto, de manera proporcional al caso, según su entender, las venganzas hiciéronse terribles y los hombres sanguinarios y crueles. He aquí precisamente el grado á que se habían elevado la mayor parte de los pueblos salvajes que nos son conocidos, y que por no haber distinguido suficientemente las ideas ni tenido en